

DISCURSOS

LEIDOS POR LOS DOCTORES

D. JOSÉ PALANCO Y D. ELOY SEÑAN

EN LA RECEPCIÓN DEL PRIMERO EN LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA

EL DOMINGO 21 DE FEBRERO DE

1915

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA

ABEN-HUMEYA
EN LA HISTORIA Y EN LA LEYENDA

DISCURSO

LEIDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN ACADÉMICA POR EL SEÑOR
DOCTOR DON JOSÉ PALANCO ROMERO
CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE ESPAÑA EN
LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Y CONTESTACIÓN DEL SEÑOR CONSILIARIO
DOCTOR DON ELOY SEÑÁN Y ALONSO
CATEDRÁTICO DE LENGUA Y LITERATURA ESPAÑOLA
Y DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA
Y LETRAS EN LA MISMA UNIVERSIDAD

GRANADA 1915
TIPOGRAFÍA DE GUEVARA

DISCURSO

DE

D. JOSÉ PALANCO.



De conformidad con el Real Decreto orgánico de 31 de Octubre de 1849 el Sr. Palanco fué nombrado Académico numerario de la Real de Bellas Artes de Granada, a propuesta de la misma, por R. Orden de 4 de Noviembre de 1912, para cubrir una de las cuatro plazas creadas por la R. O. de 9 de Octubre anterior, al elevar a veinticuatro el número de académicos de dicha clase, en virtud del R. Decreto de 24 de Mayo del mismo año, por el que se concedió a esta Academia provincial la categoría de primera clase, como las de Barcelona, Sevilla, Valencia y Valladolid, distinguiéndola con el título de REAL.

Excmos. Sres.

Señores Académicos:

MAS alegrías y las tristezas se unen de tal manera en la vida, que rara vez podemos experimentar una emoción agradable, que no vaya seguida inmediatamente de una idea de dolor, de pesadumbre. De esta suerte, la dicha por mí sentida el día que me designásteis para formar parte de esta Real Academia, trocóse en la más honda de las amarguras, al considerar que sólo la amistad y la benevolencia habían determinado mi elección, y que en el momento de comparecer ante vosotros, mi incompetencia en materias literarias y artísticas, reduciríame a balbucear palabras de disculpa y agradecimiento, con la timidez de pobre lugareño delante de grandes señores.

Confiado, sin embargo, en que la bondad es compañera inseparable de la ciencia, al penetrar en esta docta corporación, extiendo la esfera de mi Discurso y proyecto bosquejaros la figura de Aben-Humeya, no sin antes advertir que tal empresa era más factible para historiadores o poetas, nacidos a la sombra de las viejas torres nazaries, en esta Ciudad del ideal, donde todo encanto tiene su trono.

La sumisión del Reino de Granada, épico término de una lucha de gigantes, había planteado un problema de la más difícil solución, el de la convivencia de dos pueblos distintos en raza, lengua y costumbres, separados por un abismo de odios y rencores inextinguibles. Desde el punto de vista Cristiano, podrán justificarse las medidas dictadas contra moros y

moriscos, por la necesidad de llevar a cabo la unidad nacional, sólo realizable a base de que desapareciese aquel elemento exótico que venía a quedar con sus caracteres y usos particulares dentro del Reino; pero mirada la cuestión desde el lado Morisco, también podrá explicarse la indignación creciente de este pueblo contra aquellas Pragmáticas que les prohibían el tener esclavos negros, el uso de armas y el acogerse a los lugares de señorío, dejándoles a merced de los recaudadores reales y de las cuadrillas de soldados que, so pretexto de perseguir delincuentes, penetraban en sus casas y "demás de la costa ordinaria que les hacían, que era mucha, dice un historiador coetáneo, usaban de las codicias y deshonestidades que la licencia militar trae consigo, quando no precede el temor de Dios".

Ante tales hechos nada tiene de particular que se multiplicasen las partidas de Monfies "que con mayor desvergüenza comenzaron a andar por toda la tierra, armados de ballestas, con banderas tendidas, matando y robando a los Christianos", y ésto no tan sólo en los montuosos distritos de Baza, Guadix y Almería, sino en el Albaicín mismo, en donde buen número de sus vecinos "salían a saltar de noche", haciendo inútiles cuantas medidas se adoptaron contra ellos.

Queriendo poner término a tal estado de cosas, una Junta celebrada en Madrid, en 1566, llevó hasta la exageración el criterio restrictivo aplicado a la raza vencida, casi desde el día de la sumisión.

He aquí sus principales acuerdos:

"Primeramente se ordenó que dentro de tres años, de como estos capítulos fuesen publicados, aprendiesen los moriscos a hablar la lengua castellana, y de allí adelante ninguno pudiese hablar, leer ni escribir en público ni en secreto en arábigo.

"Que todos los contratos y escrituras que de allí adelante se hiciesen en lengua árabe fuesen ningunos, de ningún valor y efecto, y no hiciesen fe en juicio ni fuera de él, ni en virtud de ellos se pudiese pedir ni demandar, ni tuviesen fuerza ni vigor alguno.

"Que todos los libros que estuviesen escritos en lengua arábigo de qualquier materia y calidad que fuesen los llevasen dentro de treinta días ante el Presidente de la Audiencia real de Granada, para que los mandara ver y examinar; y los que no tuviesen inconveniente se los volviese, para que los tuviesen por el tiempo de tres años, y no más.

"Quanto a la orden que se había de dar para que aprendiesen la lengua castellana, se cometía al Presidente y al Arzobispo de Granada, los quales, con parecer de personas prácticas y de experiencia, proveyesen lo que les pareciere más conveniente al servicio de Dios y al bien de aquellas gentes.

“Quanto al hábito se mandó, que no se hiciesen de nuevo marlotas, almalafas, calzas, ni otra suerte de vestido de los que se usaban en tiempo de Moros; y que todo lo que se cortase y hiciese, fuese a uso de Christianos. Y porque no se perdiesen de todo punto los vestidos moriscos que estaban hechos, se les dió licencia para que pudiesen traer los que fuesen de seda, o tuviesen seda en guarniciones, tiempo de un año, y los que fuesen de solo paño, dos años: y que pasado este tiempo en ninguna manera traxesen los unos ni los otros vestidos. Y durante los dos años todas las mujeres que anduviesen vestidas a la morisca, llevasen las caras descubiertas por donde fuesen.

“Quanto a las bodas se ordenó, que en los desposorios, velaciones y fiestas que hicieren, no usasen de los ritos, cerimonias, fiestas y regocijos de que usaban en tiempo de Moros, sino que todo se hiciese conformándose con el uso y costumbre de la Santa Madre Iglesia, y de la manera que los fieles cristianos lo hacían: y que en los días de las bodas y velaciones tuviesen las puertas de las casas abiertas y lo mismo hicieren los viernes en la tarde y todos los días de fiesta, y que no hicieren zambras, ni leylas con instrumentos ni cantares moriscos en ninguna manera, aunque en ellos no cantaren ni dixeren cosa contra la religión Christiana, ni sospechosa de ella.

“Quanto a los nombres ordenaron, que no tomasen, tuvieren ni usasen nombres ni sobrenombres de Moros, y los que tenían los dexasen luego, y que las mujeres no se alheñasen.

“En quanto a los baños mandaron, que en ningún tiempo usasen de los artificiales, y que los que había se derribasen luego, y que ninguna persona, de ningún estado y condición que fuese no pudiese usar de los tales baños, ni se bañasen en ellos, en sus casas, ni fuera de ellas”.

Tomadas estas resoluciones, adoptadas por el Monarca, reducidas a la forma de Pragmática y nombrado D. Pedro de Deza, Presidente de la Chancillería, el 1.º de Enero de 1567, los Alcaldes del Crimen y el Corregidor con las Justicias de la Ciudad, seguidos de gran acompañamiento de atabales, trompetas, ministriles y dulzainas, pregonáronla por todas partes, llevando el desconsuelo y la aflicción más profunda al corazón de los moriscos.

Procuraron éstos por medio de sus Personeros, y dirigiendo múltiples representaciones al Monarca, alejar la tormenta que les amenazaba, mas cuando vieron que todo era inútil decidieron buscar en las armas satisfacción para sus agravios. A este fin personajes influyentes, entre los que se contaban: Farax-ben-Farax, descendiente de los Abencerrajes; El Daud, de ilustre prosapia; D. Hernando el Zaguer, por otro nombre Aben Jahuar, alguacil de Cádiar; Diego López Aben Abó, vecino de Mecina

de Bombarón, y Miguel Roxas, de Uxixar de Albacete, comenzaron a fomentar el descontento y a predicar la rebeldía, extendiendo para alentar a los tímidos, jofores o profecías que anunciaban la próxima victoria, y para atraer a los fanáticos y supersticiosos, narraciones legendarias de viejos astrólogos que habían visto legiones de genios protectores recorriendo el espacio en las altas horas de la noche.

Algo de lo que se decía en los barrios de moriscos llegó a oídos de las autoridades granadinas, y previniendo futuros desórdenes, prohibieron el uso de armas de fuego a cuantos habíase otorgado licencia, al mismo tiempo que se ordenaba la prisión como rehenes de considerable número de vecinos sospechosos. Continuó, sin embargo, siendo tan grande el estado de intranquilidad y desasosiego, que bien pronto comenzaron a producirse alarmas infundadas, que alborotaban la población y aumentaban el odio hacia los moriscos. Tal ocurrió la noche del 16 de Abril de 1568, víspera de Pascua de Resurrección, en que Granada entera sobresaltóse por el toque de rebato de la campana de la Torre de la Vela, hecho debido a que el centinela de la misma, tomó por ahumadas de moros las luces que en la Torre del Aceituno (hoy San Miguel el alto) encendieran unos soldados que por allí vigilaban.

Y en verdad que no faltaban razones para tales zozobras, pues los moriscos comenzaban a organizar su plan de revuelta, en los conciliábulos de la casa del cerero Adelet. Conforme a él, el 1.º de Enero de 1569, en tres lugares del Albaicín, en la Puerta de Fajalauza, en la Plaza de Bib al Bonut (hoy San Agustín el alto) y en la Puerta de Guadix, daríase la señal de la rebelión, poniéndose al frente de los sublevados Miquel Aziz, Diego Niqueli y Miquel Mozagaz, los cuales, después de haber degollado a los cristianos de sus demarcaciones respectivas, dado libertad a los moriscos de la Inquisición y de la cárcel y asesinado al Presidente de la Chancillería, irían a reunirse en Bibarrambra; mientras que 2.000 monfies, reclutados en los valles de Lecrín y Órgiva y acaudillados por el famoso Partal de Nariles y por Nacoz de Niquelas, embocaríanse en los cañaverales de Cénes y aprovechando un descuido escalarían el muro de la Alhambra por la parte que mira al Generalife.

Este proyecto no llegó a realizarse: disensiones entre los caudillos, impaciencias mal contenidas, falta de fe en los moriscos de Granada y desacuerdo entre éstos y los de la vega, fueron factores que hicieronle fracasar. En vano Farax penetró una noche en el Albaicín, con algunos monfies a quienes puso "bonetes colorados a la turquesca y sus toquillas blancas encima, para que pareciesen Turcos", pues los vecinos a quienes pidió cooperación negáronsele, alegando "venía con quatro descalzos" y antes de tiempo, obligándole a salir por el mismo portillo de la muralla por donde entrara.

Lo que no logróse en el Albaicín se llevó a cabo en La Alpujarra, donde extendióse la rebeldía como reguero de pólvora, dándose principio a una lucha sangrienta, en la que hubo momentos en que pudo dudarse si Granada sería nuevamente musulmana.

Vino a dar ánimos a los sublevados y unidad al movimiento, un nuevo personaje que ahora preséntase en escena. Nos referimos a D. Fernando de Válór, hijo del Caballero Veinticuatro de Granada, D. Antonio de Válór y de Córdoba.

“Era, dice Ginés Pérez de Hita en su *Segunda Parte de las Guerras Civiles de Granada*, mancebo de veintidós años, de poca barba, color moreno, verdinegro, cejijunto, ojos negros y grandes, gentil hombre de cuerpo: mostraba en su talle y garbo ser de sangre real, como en verdad lo era”.

D. Manuel Fernández y González en *Los Monfies de las Alpujarras*, donde mostró la más portentosa imaginación en relatos casi siempre desprovistos de valor histórico, tuvo, sin embargo, aciertos indiscutibles y nos dejó un retrato magistral de D. Fernando, donde se refleja su fisonomía moral, con anterioridad a la rebelión de La Alpujarra. “Su semblante dice, blanco, pálido, de cutis fino y denso, y sus grandes ojos negros de mirada sensual y lánguida, recordaban la antigua y casi extinguida raza árabe: aunque a veces brillaba una chispa de valor indómito en sus miradas, aunque había altivez en la actitud de su cabeza y algo de magestad en su frente, sin embargo, en la tersa morbidez de sus manos, que hubieran envidiado una dama, en la indolencia de sus movimientos, en esa especie de cansancio habitual que constituye la afeminación en el hombre, se comprendía que estaba enteramente entregado a la molicie, a los placeres, a la vanidad: sin embargo, como un indicio, como un signo de raza, en medio de esta degradación se notaban algunos destellos de valor sereno e infinito, de actividad, de magestad: algo de regio, de grande, de indomable, que debía revelarse y dominar a la degradación en situaciones dadas, haciendo de aquel hombre otro completamente desemejante de sí mismo”.

Por su parte, Alarcón, en ese poema sublime de la montaña, que se llama *La Alpujarra*, escrito en “días sin paz” y en “noches sin sueño”, además de mostrarnos al caudillo, nos pinta el medio en que se desenvuelve la tragedia del último morisco, haciéndonos animada descripción de aquellos pueblos y aldeas que fueron un día teatro de victorias y de desastres, de hechos heroicos y de infames villanías, por donde pasaron encubiertos monfies y adalides cristianos, donde tantas veces Aben-Humeya soñara en celebrar sus desposorios con la Sultana de Occidente.

Para Alarcón, “fué D. Fernando de Válór en la alta sociedad granadi-

na ni más ni menos que lo que antes y después de él han sido en todas partes los jóvenes de moda y calaveras de buen tono, mixtos de próceres y de políticos; lo que Alcibiades en Grecia, lo que el adolescente César en Roma, lo que Byron en Londres y en Italia: un escándalo, una esperanza, un escollo y un ídolo, así para los buenos como para los malos, así para los hombres como para las mujeres“.

Su vida de disipación, su lujo, sus prodigalidades consumieron sus rentas, e hicieron que, como dice el historiador Mármol, anduviese siempre *alcanzado*. Y así, lleno de deudas, con la casa por cárcel por haber entrado con la daga al cinto en el Cabildo de la Ciudad, determinó vender la venticuatría y marchar a Italia o a Flandes en busca de nuevos escenarios para sus escandalosas aventuras; mas no llegó a realizar tal proyecto, porque el morisco Miguel de Palacios, con quien había concertado la venta en 1,600 ducados, temeroso de que si D. Fernando quebrantaba la prisión, pondría mano sobre él la justicia, y a más obligaríanle a pagar nuevamente el oficio, avisó al Alcalde Mayor, que lo era el Licenciado Santarén, para que ordenase el embargo, como así se hizo por un alguacil, en el momento en que el de Válor iba a percibir el importe de la venta.

Sin dinero y sin venticuatría, D. Fernando, cuyo temple de alma había ya mostrado en las misteriosas justicias que hiciera en cuantos tomaron parte en la acusación o cooperaron a la desgracia de su padre, condenado a galeras por haber querido usar de la espada hallándose en el Cabildo, resolvió aprovechar su popularidad entre los moriscos, debida en gran parte a su tío El Zaguer, para ponerse al frente del movimiento ya iniciado. Con este propósito salió de Granada el 23 de Diciembre de 1569, acompañado de “una mujer morisca, que traía por amiga“ y de un esclavo negro; dirigióse al valle de Lecrín, a cuya entrada se encontró con el beneficiado de Beznar, que iba huyendo hacia la capital y que le aconsejó no pasase adelante porque la tierra estaba alborotada; y siguió luego hasta llegar al mismo Beznar, donde fué proclamado rey de Granada, con el nombre de Aben-Humeya. Esta proclamación no fué vista con agrado por Farax-ben-Farax, quien alegó en contra suya el haber sido elegido rey, con anterioridad, por los moriscos del Albaicín; pero al fin arreglóse todo, dándose al disgusto el cargo de Alguacil mayor.

Don Diego Hurtado de Mendoza, en su *Guerra de Granada, hecha por el Rey D. Felipe II contra los moriscos de aquel Reino, sus rebeldes*, hizo eco de otra opinión, según la cual, D. Fernando de Válor, había sido designado por Rey en la casa del Hardon en el Albaicín, dando sobre la ceremonia los siguientes detalles: “Eligieron a don Fernando de Válor por rey con esta solemnidad: los viudos a un cabo, los por casar a otro, los casados a otro, y las mujeres a otra parte. Leyó uno de sus sacerdotes

que llaman faquíes cierta profecía... y comprobada por la autoridad de su ley, consideraciones de cursos y puntos de estrellas en el cielo, que trataban de su libertad por mano de un mozo de linaje real, que había de ser bautizado y hereje de su ley, porque en lo público profesaría la de los cristianos. Dijo que esto concurría en D. Fernando y concertaba con el tiempo. Vistiéronle de púrpura y pusiéronle a torno del cuello y espaldas una insignia colorada a manera de faja. Tendieron cuatro banderas en el suelo, a las cuatro partes del mundo, y él hizo su oración inclinándose sobre las banderas, el rostro al oriente... y juramento de morir en su ley y en su reino, defendiéndola a ella y a él y a sus vasallos. En esto levantó el pie y en señal de general obediencia, postróse Aben Farax en nombre de todos y besó la tierra donde el nuevo rey tenía la planta. A éste hizo su justicia mayor; lleváronle en hombros, levantáronle en alto diciendo: "Dios ensalce a Mahomet Aben Humeya, rey de Granada y de Córdoba".

Pérez de Hita designó a Cádiar como lugar de la proclamación, narrando detenidamente todos los detalles de la misma, celebrada bajo un olivo y en presencia de Aben Jauhar y multitud de caballeros y gentes de guerra.

Don Francisco Martínez de la Rosa, en su drama *Aben Humeya*, en tres actos y prosa, estrenado en París con gran éxito, en el primer tercio del siglo pasado, designa igualmente a Cádiar como lugar de la proclamación, haciendo a este hecho consecuencia de la lectura en aquel lugar de la Pragmática del Rey D. Felipe, y dando plaza a un viejo alfaquí, que vive en una gruta de los alrededores, ante la cual Humeya es designado Rey, bajo la sombra protectora de la vieja bandera de los Alahmares, que el ermitaño guarda como veneranda reliquia.

Por último, D. Francisco Villaespesa, en su tragedia *Aben Humeya*, haciendo desaparecer un gran lapso de tiempo, simultaneó la publicación de la Pragmática, la escena de la daga en el Cabildo y la salida de D. Fernando, de Granada, envolviendo, sin embargo, estas inexactitudes, con una forma poética tan bella, que bien puede en gracia a la misma perdonarse su apartamiento de los cánones del drama histórico.

La insurrección propagóse rápidamente y el número de rebeldes fué cada día mayor. "Lo primero que hicieron, dice Mármol en su *Rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*, fué apellidar el nombre y seta de Mahoma, declarando ser Moros ajenos de la santa fe católica, que tantos años había que profesaban ellos y sus padres y abuelos. Era cosa de maravilla ver cuán enseñados estaban todos chicos y grandes en la maldita seta: decían las oraciones a Mahoma, hacían sus procesiones y plegarias, descubriendo las mujeres casadas los pechos, las doncellas las cabezas y teniendo los cabellos esparcidos por los hombros, baylaban pú-

blicamente en las calles, abrazaban a los hombres, yendo los mozos gaudiosamente delante haciéndoles aire con los pañuelos y diciendo en alta voz, que ya era llegado el tiempo del estado de inocencia y que mirando en la libertad de su ley iban derechos al cielo: llamándola ley de suavidad, que daba todo contento y deleyte“.

La tea del incendio, la piqueta de la devastación y el puñal de la muerte, lo visitaron todo. Las iglesias fueron quemadas, las imágenes destruidas, los sacerdotes asesinados. El pueblo cristiano, sin distinción de edad ni de sexo, fué condenado a los más atroces suplicios, a martirios que muy detalladamente se encuentran narrados en Carta escrita a Clemente X, en 1671, por el arzobispo de Granada D. Diego Escolano. Fueron sobre todo las mujeres moriscas las que mayor crueldad mostraron en la persecución, acreditando una vez más que la mujer no tiene rival ni en sus amores ni en sus odios.

Cuenta a este respecto Ginés Pérez de Hita, que: “En un lugar que se dice Félix había un cura natural de Lorca, llamado Miguel Sánchez, al cual tomaron los moros y lo amarraron a un naranjo en un patio de una casa y se lo entregaron a las mujeres del pueblo para que hiciesen dél lo que ellas quisiesen: y todas con navajas en las manos se llegaban al pobre clérigo y le decían: “Dí, perro alfaquí, Por la señal“ y diciendo esto le pasaban la navaja por medio de la frente hasta la barba: y luego llegaba otra mora y le decía: “De la santa cruz“ y le cruzaba la frente; y desta manera le iban persigando con tanta crueldad, cual nunca jamás fué vista ni oída“.

Aben-Humeya, que había visto con desagrado los excesos de su pueblo y que mostró repetidas veces, durante la persecución, la generosidad de su alma, procuró inmediatamente organizar sus huestes y fortalecerlas con auxilios de gentes africanas, a fin de darles un empleo más noble que el de degollar mujeres, niños y sacerdotes. Sus medidas proporcionaronle algunas victorias y decidieron al marqués de Mondéjar a marchar en persona a combatir la rebelión.

El 3 de Enero de 1569, el de Mondéjar salió de Granada y tomó el camino de La Alpujarra. Seguían sus banderas, ilustres magnates, capitanes aguerridos, veinticuatro de Granada y caballeros de las Órdenes Militares. Veíanse allí a D. Gonzalo Chacón y a D. Diego de Leiva, al frente de las lanzas de la ciudad; y a D. Luís Maldonado y D. Gaspar Maldonado de Salazar, capitanes de las compañías de arcabuceros; y además a D. Alonso de Cárdenas, D. Luís de Córdova, D. Alonso de Granada Venegas, D. Juan de Villarroel y tantos otros.

En esta enumeración no deben omitirse los contingentes enviados por distintas ciudades andaluzas, entre los que destacábanse los de Jaén, ca-

pitaneados por D. Pedro Ponce y D. Valentín de Quirós; las milicias de Antequera, acaudilladas por el Corregidor Álvaro de Isla y el Alguacil mayor Gabriel de Treviñón y las compañías de Loja, Alhama y Alcalá la Real, mandadas, respectivamente, por Juan de la Ribera, Hernán Carrillo de Cuenca y Diego de Aranda.

Marcharon tan brillantes huestes a Alhendín, y desde aquí al Padul, primer lugar del encantador Valle de Lecrín, dirigiéndose luego a Dúrcal, donde permanecieron varios días, recibiendo nuevos refuerzos, entre ellos los que les trajo D. Rodrigo Vivero, corregidor de Úbeda y Baeza.

Desde Dúrcal marchó el Marqués de Mondéjar hacia el Puente de Tablate, construido sobre profundo barranco y defendido por 3.500 moriscos, dirigidos por Girón de Archidona, Anacoz y el Randati "respetados, no por práctica de cosas de guerra, ni por autoridad de personas, sino por sacrilegios y crueldades que habían hecho en este levantamiento". Los rebeldes para detener el avance del ejército cristiano desbarataron el puente, en tal forma, que sólo con grave riesgo podía intentarse el paso. Las mangas de arcabuceros hicieron retroceder a las gentes enemigas, llegando los soldados hasta el borde mismo del abismo. Seguir adelante era una locura, un atrevimiento que podía costar la vida al que lo intentase, y es, por ello, por lo que nada de extraño tiene hubiese unos instantes de duda, de vacilación. Mas inesperadamente surge la figura del franciscano fray Cristóbal Molina que "con un crucifijo en la mano izquierda y la espada desnuda en la derecha, los hábitos cogidos en la cinta y una rodela echada a las espaldas" como dice Mármol de Carvajal, lanzó a hacer equilibrios sobre el único tablón que había quedado sano, logrando trasladarse a la otra orilla y animando con su ejemplo a algunos soldados que pudieron ampliar el paso, en términos que ya fué fácil le cruzaran los demás y aún los carros, caballos y artillería.

Desde Tablate marcharon los cristianos a Lanjarón y Órgiva, y después de recorrer la taha de Poqueira y los lugares de Pitres de Ferréira y Jubiles, teatro este último de los más reprensibles actos de una soldadesca desenfrenada, pasaron a Ugíjar, Cádiar y Paterna, no sin sostener en casi todos estos sitios reñidas escaramuzas.

En tanto la discordia penetraba en el campo de Aben-Humeya. Rivales de unos capitanes con otros, mutuos recelos, el temor de ser vendidos a cada momento, les alejaba de la victoria y originaba el comienzo de una tragedia, que había de terminar con la muerte de D. Fernando de Valor. El Gorri, el Partal y el Seniz hicieron creer a su caudillo que su suegro Miguel de Roxas le engañaba "y que teniendo trato hecho con el Marqués de Mondéjar, andaba por meterlos a todos en parte donde los pudiese coger en una red, y quedarse él con el dinero y plata que tenía

en su poder". Tanto le dijeron que acordó matar a su suegro, "y enviándole a llamar a su casa, le aguardó con una ballesta armada a la puerta, acompañado de los otros malvados, y errando el tiro, porque el Miguel de Roxas en viéndole encarar hacia él, se metió despavorido debajo de la ballesta, y la saeta fué por alto: el Seniz acudió con otro tiro, que le atravesó entrambos muslos, y luego todos con las espadas le acabaron de matar". Complemento de esto fué el repudiar Aben-Humeya a su esposa.

Negociaciones entabladas por el de Mondéjar con el rebelde fracasaron, y entonces aquél ocupa la inexpugnable fortaleza natural del Peñón de las Guájaras, y después de visitar los lugares de Almuñécar, Motril y Salobreña, vuelve a Órgiva, donde logró con sus acertadas medidas la sujeción de algunos moriscos influyentes y la reducción de los lugares de la Sierra de Filabres. Fracasó, sin embargo, en su proyecto de apoderarse de Aben-Humeya y del Zaguer. Los capitanes Álvaro de Flores y Gaspar Maldonado a quienes comisionose para ese fin, dándoles orden de que marchasen a Mecina de Bombarón y Válor, lugares donde aquellos solían pernoctar, no supieron mostrarse a la altura de las circunstancias. Fué ya un error el dividir sus fuerzas, marchando el primero de los capitanes con 400 soldados, a Válor, y el segundo, con 200, a Mecina, con lo cual se imposibilitaba el tomar aquellas medidas precisas para impedir todo intento de huída a los rebeldes. La imprudencia de un soldado que disparó su arcabuz, determinó como consecuencia el que se diese la voz de alarma en la casa de Aben-Abóo, a donde se dirigían, pudiendo escapar el Zaguer por una ventana. Aben-Humeya "que dormía acompañado en otro aposento aparte" no tuvo tiempo de seguirle, y al ver cercada la casa, con una presencia de espíritu soberana, dirigióse a la puerta, a la sazón que ya la golpeaban con un madero, y abriéndola de par en par, dió entrada a los soldados que precipitadamente repartieron por las habitaciones interiores, dándole lugar para ganar la salida y ponerse en salvo. Aben-Abóo fué preso y diósele un tormento bárbaro e inenarrable para que declarase el paradero de los fugitivos, mas no se logró obtener de él una sola palabra, decidiendo entonces los cristianos el regresar a Órgiva, no sin haber saqueado antes a Mecina, por lo cual y por su fracaso fueron reprendidos severamente.

Ante la importancia de la sublevación y la poca trascendencia de las victorias alcanzadas, decidió el Rey Felipe, dar el mando del ejército a su hermano D. Juan de Austria "mozo despierto, deseoso de emplear y acreditar su persona, a quien despertaba la gloria del padre y la virtud del hermano". La medida no podía ser más acertada, pues en el campo cristiano comenzaba a extenderse la indisciplina más grande y, los excesos y violencias cometidas, tales como el asesinato de 110 moriscos que como

rehenes guardábanse en la Chancillería, llevaban a gentes hasta entonces pacíficas a tomar las armas.

El 13 de Abril, D. Juan de Austria, acompañado de Luis Quixada, llegaba a la Ciudad de los Nazaríes, donde fué recibido en medio de grandes demostraciones de entusiasmo. Inmediatamente comenzó a tomar las medidas oportunas para sofocar la rebelión, a las cuales respondió Aben-Humeya alentando a sus huestes y realizando grandes preparativos para la próxima lucha. A Jerónimo el Malech, Alguacil de Ferreyra, encomendó el marquesado de Zenete y río de Almanzora, y la frontera de Guadix y Baza; a Diego López Aben-Abóo, el partido de Poqueyra y Ferreyra; a Miguel de Granada Xaba, la frontera de Órgiva; a Aben-Mequenun el de Xérgal, las Tahas de Lúchar y Marchena y sierra de Filabres y Gádor con el río de Almería; y a Gironcillo y el Rendati, el Valle de Lecrín y la frontera de Almuñécar, Salobreña y Motril. Para su Consejo designó a don Hernando el Zaguer, al Dalay, a Moxarra Calderón y Hernando el Habaquí.

Los efectos de estas disposiciones fueron bien pronto sentidos por los cristianos. Los fieros moriscos, abandonando las guaridas de la Alpujarra, llevaron por todas partes las banderas rebeldes, dejando impresas las huellas de la barbarie en cuantos lugares recorrieron. El Marqués de los Vélez logró detenerles en Berja, rechazando en formidable ataque dirigido personalmente por Aben-Humeya; pero si con grandes pérdidas obligó a retirarse hacia Dalías y Andarax y luego a refugiarse en Cádiar y Válor para reorganizar sus huestes, él por su parte tuvo que replegarse a Adra.

Con posterioridad D. Fernando de Válor sufre grandes desastres. El Comendador mayor de León ocupa el Peñón de Frigiliana el 11 de Junio y el Marqués de los Vélez derrótale en Válor el 3 de Agosto. Y mientras tanto, en Granada, para evitar los constantes refuerzos que recibían los sublevados, tomábase la determinación de aprisionar cuantos moriscos de la ciudad y su vega podían ser útiles para el manejo de las armas, medida completada posteriormente con su dispersión por diversos lugares de Andalucía.

Llegamos al trágico fin de Aben-Humeya. Habíase enamorado éste de una prima del morisco Diego Alguacil, joven viuda, cuyo nombre no indican ni Mendoza, ni Mármol, si bien Pérez de Hita la llama Zahara, nombre aceptado por Villaespesa. "Era mujer igualmente hermosa y de linaje, dice el primero de los citados; buena gracia, buena razón en cualquier propósito, ataviada con más elegancia que honestidad, diestra en tocar un laud, cantar, bailar a su manera y a la nuestra, amiga de recoger voluntades y conservallas".

Aben-Humeya fué víctima del amor que por Zahara sentía también su

pariente, el cual, atendiendo antes a ese amor que a la causa de sus hermanos de raza, fomentó contra su rival el odio de cuantos habían recibido algún agravio o castigo.

Los amores de Aben-Humeya y la venganza de Alguacil han sido narrados por Ginés Pérez de Hita en el siguiente romance, con que resume uno de los capítulos de su historia:

“Aben-Humeya contento

En Andarax residía:
Trabando conversación
Con Benalguacil un día
De las damas más hermosas
De toda la Serranía,
Y él habiendo referido
Aquellas que conocía;
Le habló Benalguacil
De una amiga que tenía.

“Me has hablado de tus damas,
Señor, yo hablo de la mía,
Que no la hay más hermosa
En toda la Andalucía;
Blanca es y colorada,
Como la rosa más fina;
Tañe, danza, canta a extremo
Que es un encanto el oírla;
Es moza bella y graciosa,
Nadie vió tal en su vida“.

Aben-Humeya de oírlo
Siente de amor la herida:
“Si te plugieses, Alguacil,
Esa dama ver querría,
Sólo por verla danzar
Y cantar con melodía“
Alguacil se lo promete
Por hacerle cortesía,
Y aquella noche la lleva
Adonde Muley vivía.

Cantó la hermosa mora,
Y danzó como sabía.
Hase enamorado de ella
Abenhumeya; y decía
A Alguacil que se la diese

Que a él no le faltarían.
 Alguacil dice que no,
 Porque la dama es su prima,
 Y que se quiere casar
 Con ella, que era su vida.

Abenhumeya se enoja,
 Y a Benalguacil decía,
 Que le haría prender
 Si en algo contradecía.
 Con esto llama a la guardia;
 Abenlguacil huía,
 Defendiéndose de todos,
 Y a la Sierra se subía,
 En donde halló otros muchos
 A quien Muley perseguía.

Celoso y desesperado
 Muy grande traición urdía,
 Haciendo un despacho falso
 A Abenabó y su cuadrilla,
 Que parecía del Rey
 Malvado puesta su firma
 En el cual manda que luego
 Sin aguardar solo un día,
 Degüelle a todos los turcos,
 Que es cosa que convenía.

Tomó Abenabó la orden,
 Y vista su alevosía,
 Se la revela a los turcos,
 Y les dice que cumplía
 Matar al ruín Reyecillo
 Que así matarles quería.
 Los turcos ordenan luego
 Para Andarax la salida
 Y dan cumplida venganza
 Al agravio que sufrían“.

Villaespesa, para explicar el trágico fin de Aben-Humeya, unió muy hábilmente el amor de Alguacil y los celos de Zahara, producidos por la inclinación de aquél hacia la cristiana D.^a Isabel Mercado, de la que dice, reflejando su afecto sin límites:

“Por obtener siquiera
 Una sonrisa suya, una mirada

Todo mi triste corazón lo diera
 Hasta el trono de oro de Granada".
 También expresó el mismo poeta, de un modo admirable, la pasión de
 Alguacil, en la escena V del acto III, en donde el enamorado morisco habla
 a Zahara, en la siguiente forma:

¡Aunque tuviese en las venas
 y en el corazón más sangre
 que aguas, juntos, en su seno,
 encierran todos los mares,
 la sed voraz de mis odios,
 la agotara sin saciarse!

¿Pero tú, para qué avivas
 las pasiones infernales
 que bajo las apariencias
 de esta sumisión cobarde,
 adormidas y encubiertas
 pero no extinguidas, yacen,
 igual que bajo la nieve
 de esos picachos gigantes,
 crepitan, hierven y rugen
 las llamas de los volcanes?

¿No te bastan los desprecios
 con que a mi amor ultrajaste,
 sino que piadosa, quieres
 darme muerte, porque sabes
 que es sin tu afecto la vida
 una carga intolerable?.....

¿Vienes a encender mis odios,
 para después delatarme?

¡Delátame a mi verdugo!
 Haz que ruede si te place
 a tus plantas mi cabeza!.....

¡Pisotéala, como antes
 todas las dichas del mundo
 con mi amor pisoteaste,
 que al sangrar bajo tus plantas
 siempre ardientes y leales,
 mis pobres labios crispados
 se abrirán para besarte!

Fué parte en la desgracia de Aben-Humeya lo que precisamente cons-
 tituye una de las notas más simpáticas de su vida: Su correspondencia

con D. Juan de Austria interesándose por su padre D. Antonio y por su hermano Francisco, presos en la cárcel de la Chancillería, correspondencia que hábilmente explotada por sus enemigos, hizo se extendiese en torno suyo la sospecha de traición.

Alguacil logró además aprovechar la ambición de Aben Aboo y atraerle a su partido, y entonces considerándose bastante fuerte para poner en práctica sus planes, logra seducir algunos de los caudillos turcos que de Berbería habían venido a tomar parte en la lucha, presentándoles fingida carta en la que hablábase de imponerles una dura pena como castigo a ciertas crueldades cometidas por ellos.

Alguacil enardéceles, dándoles extracto de haxix y les lanza camino del Laujar de Andarax, donde se encontraba Aben-Humeya. Allí es éste sorprendido, según Mendoza, durmiendo entre dos de sus mujeres, una de ellas la hermosa viuda que le estrechó entre sus brazos. Mármol, que sólo como rumor se hace cargo de esta opinión, agrega que Aben-Humeya había pasado largo rato de la noche entretenido en una zambra y que de vuelta de ella fué sorprendido en su casa por los descontentos. Uno y otro convienen en que atáronsele las manos y que así imposibilitado para todo intento de defensa, tuvo que escuchar los cargos que se le hicieron por su conducta, cargos que él rechazó con gran energía, demostrándoles su inocencia.

Esto no evitó que llegada la mañana diéranle muerte, rodeándole el cuello con una cuerda, de cuyos extremos tiraron Alguacil y Diego de Arcos, ejecución bárbara que sufrió el Rey de la Alpujarra con gran entereza y haciendo protestas de que moría en la fe cristiana. "Hubo algunos, cuenta Mármol, que afirmaron haberle oído decir muchos días antes, que le traía desasosegado un sueño que había soñado tres noches arreo, pareciéndole que unos hombres extranjeros le prendían y le entregaban a otros que le ahogaban con su propia toca, y que por esta causa andaba imaginativo y se recelaba de los Turcos".

Martínez de la Rosa hace penetrar a los conjurados, que capitanea Aben Abóo, en el salón de un viejo castillo de moros, desde donde divisase una parte de la villa, iluminada por la Luna. Acometido Aben-Humeya, Zulema, nombre con que esta producción designa a la esposa, abrázase a él y quiere alejarlo de la lucha; Aben Abóo le hiere en una mano y le hace dejar caer la espada y cuando su rival va a recogerla, le descarga un golpe terrible, que interponiéndose recibe Zulema, al mismo tiempo que suena un disparo y Aben-Humeya cae herido de muerte.

Para que aún el más descontentadizo pueda tener donde elegir, Villaspesa hace morir a Aben-Humeya, herido por Aben Abóo, mientras lucha con Alguacil.

De la suerte de Zahara y Alguacil poco sabemos. Según Mármol casaron seis años después en Tetuán. Ginés Pérez de Hita, penetrando ya en el terreno de la ficción novelesca, narra la muerte de Benalguacil, llevada a cabo por Husein, capitán turco que le disputaba la posesión de Zahara, suponiendo un duelo, en el cual, cuando con más calor acometíanse ambos rivales, aparecióse a Alguacil la imagen de Aben-Humeya, con la soga al cuello, aparición fatal, que paralizando sus movimientos costóle la vida. Agregaremos que Aben Abóo titulose Rey de los Andaluces y puso su ambición por lema de su bandera "No pude desear más ni contentarme con menos"; pero no supo resistir los ataques de D. Juan de Austria, y cuando ya su pérdida era inevitable, murió a manos del Senix, quien envió su cadáver a Granada, donde fué arrastrado y descuartizado, poniéndose su cabeza en una jaula, colgada de una escarpia clavada en el arco de la Puerta del Rastro, y con esta inscripción:

Esta es la cabeza

Del traidor de Abenabó.

Nadie la quite

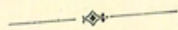
So pena de muerte.

Quiero terminar recordando aquel cuadro lleno de color que Alarcón trazara un Viernes Santo en la Alpujarra. Sobre la cumbre más alta de Sierra Nevada, la imaginación del novelista ve una ingente cruz, "mostrando sus brazos abiertos al Continente africano, como en ademán de conjuro fulminado contra el Islamismo". A los lados del Árbol de la Redención contempla dos cruces más pequeñas en las que están clavados "dos Reyes moriscos, dos renegados, dos descendientes de Mahoma, que recibieron el agua del bautismo y luego se bañaron en sangre cristiana: El de la derecha el que ocupa el lugar del Buen Ladrón, es aquel que, no sólo dijo haber delinquido por vengar a su padre, sino que se declaró cristiano a la hora de la muerte: es Aben-Humeya. El de la izquierda es el perpetuo traidor, la personificación del odio, el réprobo impenitente: Diego López Aben Abóo".


La comparación de Alarcón no puede ser más exacta. Conformes con ella, sólo agregaremos, que la Poesía contemporánea y la Historia absuelven de sus pecados a Aben-Humeya. La Poesía, porque murió por amar, y la Historia, porque luchó heroicamente por defender las tradiciones de su pueblo.

HE DICHO.

DISCURSO
DE
D. ELOY SEÑAN Y ALONSO.



Sres. Académicos:

L discurso cuya lectura acabais de oír, premiándolo con vuestro aplauso, es la mayor y más cumplida aprobación del acierto feliz con que esta Real Academia procedió al llamar a su lado, para brindarle parte en sus trabajos y contar con su valioso y eficaz concurso, a quien tan dignamente ocupa hoy en nuestra gloriosa Universidad la misma cátedra que antes honraron el benemérito granadino y Director que fué de esta Academia D. Francisco de P. Villarreal y Valdivia y aquel maestro insigne, de altos prestigios por su sabiduría y su acendrado amor a la santa patria española, que se llamó don Fernando Segundo Brieva y Salvatierra.

No cede a éstos en tan levantado y noble sentimiento el que se presenta ahora ante vosotros, en la flor de su vida, en plena y briosa juventud, empleada en labor tan fecunda como provechosa, de que certifican sus numerosas publicaciones, no sólo las que miran a la utilidad y mejores frutos de su honrada profesión de maestro como sus *Elementos de Historia de España*, sino aquellas otras que, esparcidas en las columnas de revistas y periódicos, proclaman a todos vientos su vocación ardiente y decidida hácia las importantes tareas de investigación, erizadas frecuentemente de graves dificultades con que se tropieza cuando se busca la verdad entre las malezas y matorrales que en tanta abundancia crecieron en el campo accidentado de nuestra historia nacional.

Motivo preferente de su atención fueron los días aciagos de la invasión francesa, lograda por las ruines artes del dolo y de la perfidia y rechazada por el pueblo español con aquel tan valiente y gallardo esfuerzo que inició la decadencia, seguida a poco de la ruina, de los ambiciosos planes napoleónicos, siendo resultado de su diligente y solícita labor los curiosísimos y bien documentados escritos relativos a la constitución de la Junta Central Suprema, organizada para dirigir la defensa de la nación y los referentes a la Junta Suprema provincial que con fines análogos hubo de formarse en Granada, insertos estos últimos en la *Revista de Estudios históricos de Granada y su reino*.

Atraído, sin duda, por el interés que siempre despiertan en el ánimo pensador y reflexivo, las épocas en que se muestran decaídas y postradas las energías vitales de los pueblos, dirigió también su inquieta curiosidad al triste y vergonzoso reinado de Enrique IV de Castilla, período de nuestra historia que, según el inolvidable maestro Menéndez Pelayo, "nunca será bastante estudiado, porque está lleno de altísimas y amargas enseñanzas que desgraciadamente no han envejecido, pero que en medio de su amargura tienen la ventaja de recordarnos que Dios hizo sanables a los pueblos, y que basta en ocasiones una voluntad robusta y entera para levantarlos desde el polvo de la degradación hasta la cumbre de la gloria".

Convencido sinceramente de que la misión social del magisterio no se ha de limitar y circunscribir a la labor docente en el recinto de la cátedra, ante los alumnos, sino que debe extenderse, buscando más amplios horizontes, nunca negó ni regateó su cooperación en cuantas ocasiones fué requerida a los centros e instituciones que en nuestra ciudad procuran el fomento y adelanto de la pública cultura, pronunciando numerosas conferencias, que muchos de vosotros recordaréis con agrado, como la que dió en el Centro Artístico explicando la significación del Greco en la historia de la pintura española, la que escucharon los socios de la Cámara de Comercio acerca de la Corte de Felipe IV según los cuadros de Velázquez, la que tuvo lugar en la Real Sociedad económica de Amigos del País en que disertó sobre las fiestas reales en la Edad media, y otras muchas, celebradas ante distintos auditorios, en que supo mostrarse profundo conocedor de nuestra historia, muy versado en las cuestiones sociales y fino y delicado crítico en materias artísticas.

La entrada del Sr. Palanco Romero en esta Real Academia aprieta con un nuevo nudo los lazos de estrecho y fraternal compañerismo que ya existían entre nosotros, nacidos de las íntimas relaciones que ligan entre sí a los asuntos y materias que son, respectivamente, objeto propio y especial de las enseñanzas que a cada uno nos están encomendadas. El, al frente de la cátedra de Historia de España y el que esto os dice, encarga-

do de la de nuestra literatura nacional, seguimos dos caminos paralelos y el trabajo que el uno realiza es auxiliar y complemento útil y ameno del que el otro lleva a cabo.

Cuerpo sin alma y como tal falta de expresión, sin el movimiento y calor de la vida, es siempre el frío relato de los hechos históricos consignados en las páginas de las crónicas, atentas sobre todo al aspecto exterior, al orden oficial y público, a la dura y opaca corteza tras de la que se ocultan el espíritu social y los rasgos característicos que distinguen la personalidad de pueblos y razas y las mil circunstancias y variadísimos pormenores que forman el ambiente en medio del cual vivieron aquéllos en las sucesivas épocas de su existencia sobre la tierra.

Lamentable equivocación padecería, en efecto, el que pretendiera conocer nuestra agitada Edad media con sólo el auxilio de los anales civiles, de los textos de la historia oficial, desde la Crónica general del Rey Sabio hasta las referentes al sin ventura Enrique IV, como las Décadas latinas de Alonso de Palencia y la crónica de Diego Enríquez del Castillo, y prescindiera por completo de las ilustraciones detalladas que únicamente pueden facilitarle las producciones literarias, ya sobre las bélicas empresas militares de la Reconquista, realizadas por la musa popular en sus épicos cantares de gesta, ya sobre la interna organización de aquella sociedad en el austero didacticismo de Don Juan Manuel, o la vida familiar y doméstica, conservada en sus líneas más firmes y precisas en algunos de los cuentos de su *Conde Lucanor*, ya sobre el mundo picaresco, de truhanes y celestinas, de aventuras de amor y travesuras escolares, que desfilan en el vasto escenario que sirve de fondo a la sátira regocijada del Arcipreste de Hita, o los deportes aristocráticos en los libros de cetrería, los guisos y confituras preferidos y los estilos y usanzas de los *yantares* y banquetes, con que aquellas gentes se festejaban y solazaban, en el *Arte cistoria* de D. Enrique de Villena, y hasta el triste espectáculo de las ruindades y vilezas, naturales efectos de la soberbia, la ambición, la envidia y otras lacras de la condición humana que se halla trasladado, con cínico y descarado realismo, en las desvergonzadas *Coplas del Provincial*, escandaloso padrón de ignominia de la corte de Castilla al comenzar la segunda mitad del siglo XV.

Y no es esto sólo. Al lado de la historia crece la leyenda que, como hiedra que se enreda al tronco y a las ramas de árbol añoso o sube arraigando entre las grietas del muro de vieja fortaleza, nace engendrada por sentimientos que conmovieron hondamente el alma colectiva del pueblo, crece al calor de ideas, acariciadas amorosamente por varias generaciones y trasmitiéndose de unas a otras en la sucesión de los tiempos, suele muchas veces entablar ruda competencia con la historia misma, arrinconando

y suplantando a la verdad, a que ésta aspira, con las atrevidas ficciones, hijas de la fantasía popular, que alteran y modifican a su sabor los elementos históricos que le sirven de base y fundamento.

Tal vez no exista en el mundo pueblo alguno en el que haya florecido, con tan rica y potente lozanía como en el nuestro, la planta de la leyenda, quizá porque alimentada por la substancia épica encontró, como la novela histórica que de esta también se deriva, terreno admirablemente preparado y dispuesto para que germinaran y se desarrollaran sus creaciones en la imaginación, exaltada y amiga de lo maravilloso y extraordinario, de los hijos de este suelo.

Desde los mismos tiempos de la destrucción del imperio visigótico español hasta ya muy entrada la edad moderna, la leyenda forjada por la tradición poética, aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para penetrar en el campo de la historia, conquistando su puesto y llevando a cabo su oficio, recogida y albergada en sucesivas manifestaciones literarias.

Aunque más tardía que otras en su aparición en las letras castellanas la leyenda de D. Rodrigo, en la que se mezclan con los hilos de la historia los procedentes de las tradiciones árabes, presenta los tres factores principales que la distinguen en la misteriosa y encantada casa de Toledo, la violación de la Cava y la penitencia del monarca infeliz, que se perpetúa hasta *El Puñal del Godo* de Zorrilla; la de Bernardo del Carpio, que a un conde aragonés, conquistador de Ribagorza y de Pallars, lo convierte en sobrino de D. Alfonso el Casto, ejemplo admirable de amor al padre y a la patria y vencedor de Roldán en los desfiladeros de Roncesvalles; la de Fernán González, con las andanzas de su vida, el heroísmo de la abnegada y prudente infanta D.^a Sancha y la consecución de la independencia de Castilla por la venta del caballo y del azor; las relativas al Cid, que hacen de este héroe primero el dechado de caballeros leales hasta el sacrificio, como el del *Cantar* de la vejez, y luego, en el de la juventud, el tipo del banderizo altanero, díscolo e indisciplinado que trajeron a Castilla las ráfagas del feudalismo, origen principal de las disensiones y luchas entre la revuelta y levantisca nobleza de los reinados posteriores; la de los Infantes de Lara, que sobre el cuadro sombrío de un drama de familia permite descubrir las rivalidades y odios que separaban, alzando entre ellos un muro de sospechas y celos, a gallegos, leoneses y castellanos; las que aluden a los condes sucesores de Fernán González en las que late el odio a Francia; la del rey D. Pedro, de cuya arrogante figura el instinto popular borró las huellas sangrientas de sus maldades para considerarle como gobernante nivelador y demócrata, azote implacable de ambiciosos y traidores, valiente hasta la temeridad pero perseguido por fatídico sino, mujeriego y enamorado, que con todos estos rasgos, tomados de la tradición

popular, aparece en nuestro teatro clásico, desde las comedias de Tirso de Molina y Moreto *El Infanzón de Illescas* y *El Rico-hombre de Alcalá* hasta la de un ingenio de esta corte *El montañés Juan Pascual y primer asistente de Sevilla*, y, en el contemporáneo, en las dos partes de *El Zapatero y el Rey* del más legendario de nuestros poetas del pasado siglo XIX.

El último eslabón de esta larga cadena se encuentra en la rebelión de los moriscos, que tuvo por escenario los montes y valles de la Alpujarra y reanimó y dió nueva vida al rescoldo que quedaba de seculares y no extinguidos rencores, entre cristianos y musulmanes, después de aquella dura y cruel contienda que había tenido término con la rendición de Granada a las victoriosas huestes de los Reyes Católicos. Y este episodio de nuestra historia, recogido en los romances, cantado por los poetas épicos y llevado a la escena por nuestros escritores dramáticos, después de haber servido para los progresos y adelantos de la novela histórica, creando el interesante grupo de las obras de asunto morisco y granadino, ha sido el tema elegido para su discurso por el nuevo académico.

De sus labios habeis oído el relato de los hechos que dieron origen a tan sangrienta insurrección y los detalles referentes al que fué menguado rey del reino alpujarreño, cuya existencia, manchada por brutales y feroces excesos, fué tan breve como abundante en zozobras y perturbaciones. La voz de la historia quedó grabada en las páginas de Mendoza y de Mármol, principales fuentes de información de tales sucesos, y su eco ha resonado en este recinto, evocado por nuestro nuevo compañero. A mí me toca acudir al campo de la poesía y en el concierto de sus acentos, por mí recordados, vereis cómo lo que comenzó en los términos de la vulgar medianía, creciendo las edades y a medida que la distancia se fué aumentando, llegó a adquirir las proporciones de la grandeza.

Fernando de Herrera, el caudillo de la grey poética sevillana, dedicó, como es sabido, a D. Juan de Austria una de sus más celebradas composiciones, precisamente por su triunfo sobre los moriscos rebeldes. Es una oda de corte pindárico, de estilo tan levantado y cálido que toda ella pudiera muy bien ser considerada como una desaforada hipérbole. Apolo canta la victoria de Júpiter sobre los gigantes, pero le anuncia que su hazaña caerá en el olvido cuando

..... la tierra sostenga

Un valor tan insigne

Que ante él desmaye el hijo y se le incline.

Y refiriéndose a la lucha en la Alpujarra, la describe así:

Vese el pérfido bando

En la fragosa, yerta, aérea cumbre,

Que sube amenazando
 La soberana lumbre,
 Fiado en su animosa muchedumbre.
 Y allí, de miedo ageno,
 Corre cual suelta cabra, y se abalanza
 Con el fogoso trueno
 De su cubierta estancia,
 Y sigue de sus odios la venganza.
 Mas después que aparece
 El joven de Austria en la enriscada sierra,
 Frío miedo entorpece
 Al rebelde, y atierra
 Con espanto y con muerte la impía guerra.

.

 La fama alzará luego
 Y con las alas de oro la victoria
 Sobre el giro del fuego,
 Resonando su gloria,
 Con puro lampo de inmortal memoria.

De todo lo cual resulta que Apolo, que se encuentra en el Olimpo, donde pronuncia este discurso altisonante, desprecia tan olímpicamente al jefe del *pérfido bando* vencido por el joven de Austria, que ni siquiera lo nombra.

El que sí lo nombra es Juan Rufo en su poema *La Austriada*. Pero antes de estampar su nombre y para prevenir, evitándolas sin duda, las simpatías que pudiera despertar en el ánimo de sus lectores, le llama *osado foragido*, calificación harto más dura que la de *mozo liviano*, *aparejado para cualquier venganza*, y, *sobre todo*, *pródigo*, que le adjudica Mármol, y lo presenta en la siguiente octava (canto II):

Don Fernando de Válór se decía,
 Altivo mozo y de escabroso trato;
 Mas nunca se entendió que subiría
 Jamás a tal manera de contrato.
 De los antiguos reyes descendía
 Que en Córdoba tuvieron reino grato;
 Hacienda tuvo y renta moderada;
 También fué veinticuatro de Granada.

De cómo se condujo en el oficio de rey y de qué manera se enajenó el afecto de aquellos que le habían elevado al trono y se hizo aborrecido de moriscos, turcos y berberiscos, dan idea estas otras octavas, no menos

pedestres que la anterior, en que Rufo completa más adelante la semblanza de D. Fernando de Válor (canto XII):

Palabras blandas, condición severa,
Rigor disimulado hasta el hecho,
Queriendo por él gracias cual si hubiera
Algún notable beneficio hecho;
Los días y hacienda de cualquiera
Contaba, alimentando el hondo pecho
De una codicia ardiente insaciable,
En el mal firme y en el bien mudable.

Al que entendía destruir trataba
Con halago aparente y lisonjero;
Para negocios árdulos le llamaba,
Haciéndole en consejos compañero.

Tal era Aben-Humeya, aunque no daba
Indicios desto en su vivir primero,
Ni mientras D. Fernando fué su nombre;
Mas el cargo mostró cual fuese el hombre.

Pero la causa ocasional del trágico fin de su vida y su reinado fué otra bien distinta, extraña a la política e independiente del popular descontento. Una mujer fué la que le empujó a la muerte. Zahara, prima y amante de Diego Alguacil, amigo y confidente de Aben-Humeya, a quien éste se la quitó, llevándola a su harem. Rufo, que sigue en esta parte más fielmente a la historia, la retrata de este modo:

Entre las viudas que la guerra esquivaba
Había hecho, del morisco ultraje,
Una quedó gallarda, moza, altiva,
Igualmente hermosa y de linaje;
No fué la griega Elena más lasciva
En ojos, ademán, postura y traje;
Era en tañer, bailar y cantar diestra,
A su costumbre arábica y la nuestra.

Después de referir el concierto de los conjurados de Cádiar da cuenta el poeta de la sorpresa de Laujar, donde

La casa entraron do el tirano estaba
Que de peligro tal no se recela;
Mas luego despertó al batir violento
Que en las puertas sonó de su aposento.

Rotas y puestas siendo por el suelo
Saltaron dentro algunos principales,
Cuando así les vió entrar el reyezuelo

Reconoció el extremo de sus males;
 Corrióle por las venas mortal hielo,
 Y turbado habló palabras tales:

.
 Dijo; mas quedó luego enmudecido,
 Porque una de dos torpes concubinas;
 Conque vilmente estaba entretenido,
 Prisiones le echó al cuello alabastrinas,
 Y a su competidor le dió rendido,
 Que era Diego Alguacil, así como ella
 La viuda deshonesto cuanto bella.

Pone en sus labios la exposición de sus agravios, la defensa de sus actos, su profesión de fe cristiana y el pronóstico del próximo y análogo fin de su sucesor el traidor Aben Aboó y, para remate de esta escena tremenda, añade Juan Rufo, recordando el clásico relato de Mendoza:

Esto dicho, cubrió el lloroso gesto,
 Y concertó la ropa al mismo punto,
 Queriendo, según pienso, ser en esto
 Del dictador romano fiel trasunto;
 Los dos ministros del ramal funesto
 Tiraron hasta tanto que, difunto
 El cuerpo, entre sus pies atormentado,
 Del alma y del calor quedó privado.

Tal es la parte de *La Austriada* (Canto XIV), que se relaciona con nuestro personaje.

De los romances que Pérez de Hita inserta en la parte segunda de sus *Guerras civiles de Granada*, los unos de su propia minerva y los otros de amigos y compañeros, sólo merecen ser recordados aquí el que cuenta la derrota de Aben-Humeya en Lucainena y la desastrosa retirada hacia Válor, yéndole a los alcances el Marqués de los Vélez, las canciones que, acompañadas de la música, pusieron término a las fiestas de Purchena y entre las que descuella la sentida y delicada elegía en que una morisca vaticina el cercano fin del alzamiento y el triunfo definitivo de los cristianos, única pieza de indudable valor artístico que puede señalarse y, finalmente, el romance citado por mi compañero en que se encarecen la hermosura y la gracia de Zahara, el enamoramiento de Aben-Humeya y los celos de Diego Alguacil, pudiendo afirmarse de los demás que son prosa rimada y que en ellos no recibí adorno nuevo alguno la leyenda del héroe alpujarreño.

La primera vez que la figura de D. Fernando de Válor aparece en el teatro fué llevada a la escena por D. Pedro Calderón de la Barca en su

comedia *Amar después de la muerte*, pero en ella no pasa de la modesta categoría de personaje secundario que no tiene intervención directa en la acción principal de esta obra, reducida, como es sabido, a la trágica historia de los amores infortunados de D. Álvaro Tuzani y D.^a Clara Malec.

Es preciso llegar hasta Martínez de la Rosa, nuestro paisano ilustre, para ver ya transformada, dignificada y ennoblecida la personalidad de Aben-Humeya.

Su tragedia de este título, escrita en francés, estrenada en París en 1830 con brillante éxito y vertida después por su mismo autor al castellano, fué representada seis años más tarde en Madrid obteniendo una fría acogida que contrastó con el entusiasmo que poco antes había despertado *La Conjuración de Venecia* en el público madrileño.

Tan injusto como éste se mostró Larra en la severidad de su crítica respecto de esta obra, porque la tragedia de Martínez de la Rosa contiene indudables aciertos, no sólo al presentar al protagonista adornado de las cualidades propias del caudillo de un pueblo que aspira a sacudir la pesada y ominosa carga de la esclavitud a que se ve reducido—causa siempre noble y simpática—sino también por la depuración e idealización que de su figura realiza despojándola de las tachas y defectos que podían empuñecerla, rebajando su carácter y cercenando su prestigio. Así lo pinta despojado de sus debilidades mujeriegas, que tan funestas le fueron, fiel al amor de su esposa Zulema, tierno y amoroso padre de la gentil Fátima, y firme y decidido al resolver, con varonil entereza, la muerte de su suegro Muley Carime, castigando así su traición, en una de las escenas culminantes de la obra.

En los albores del romanticismo, al lado de la Alemania de la Edad media y de la Italia del Renacimiento, fué nuestra España, la España del Romancero y de la guerra con los Moros, una de las fuentes en que se inspiraron las nuevas orientaciones artísticas. Pero al elegir este asunto tuvo además Martínez de la Rosa un motivo muy personal, que le honra a nuestros ojos. El autor del *Edipo* fué siempre amantísimo de Granada y el recuerdo de esta ciudad le acompañó a todas partes. Dejándose llevar de tan dulce sentimiento escribió su tragedia clásica *Moraima*—que no se atrevió a llevar a las tablas—de asunto granadino, la lucha de zegríes y abencerrajes, tomado de la primera parte de las *Guerras civiles*, de Pérez de Hita, así como buscó en la segunda el de *Aben-Humeya*.

El cariño con que lo trató se descubre en su fortuna al dar la nota justa de color local y ambiente histórico exacto en los momentos principales de la acción, como en los comienzos de la insurrección y las escenas de violencia en la triste Noche Buena de Cádiar, en la que los feroces alaridos de los moriscos sublevados se mezclan con los villancicos que

deseo de la venganza, prepara, con hábil dominio de los recursos escénicos, la catástrofe de Laujar, no sin vacilaciones muy humanas que descubren las hondas raíces que el amor a Aben-Humeya tenía en el corazón de la desdeñada morisca.

Ni falta tampoco el color local, el ambiente de la época en los cuadros en que el drama se desarrolla. El pregón en el Albaicín y el sordo y latente malestar precursor del alzamiento, el mesón de Cádiar con el diálogo entre D. Álvaro de Flores y D. Diego del Río, y la sabrosa relación de los manjares, dulces y frutas que pone en labios de este último y que retrae a la memoria la *Cena jocosa* de Baltasar de Alcázar, el desfile de las cautivas cristianas, la escena final con el triunfo de los conjurados y la proclamación de Aben-Abóo, y todo este conjunto, envuelto entre acentos de ternura y tempestades de celos, ferocidades y traiciones, se destaca sobre un fondo de intensa poesía con que un arte exquisito logra realzar y embellecer cuanto toca con su varita mágica, convirtiéndolo en fuente de limpia y honrada emoción estética.

¿Quién no recuerda la sentida elegía que Villaespesa pone en labios de Zahara, casi al final del primer acto, en la que expresa toda la tristeza que debía embargar, en los días que precedieron a la rebelión, el alma de los moriscos?

La Alhambra está sola. Entre la floresta
Ya no queda un eco de la antigua fiesta.
Bajo los encajes de los ajimeces
La voz de la guzla no solloza amores,
Mientras entre aromas y entre ruiseñores
Da la luna al mármol áuraos palideces.

Ni en las alcatifas de sus patios mudos
Tejen odaliscas con los pies desnudos
Todas las lascivas danzas del Oriente
Entre los perfumes de los pebeteros;
Ni por sus mosaicos resbalar se siente
La espuela de oro de altivos guerreros.....

Granada ¡Granada!... Tu Alhambra está en ruinas!
Llorando hasta el África van las golondrinas
A dar a sus hijos el triste mensaje,
Y tus nobles hijos lloran de coraje,
Ensillan los potros, empuñan la espada,
Y aullando de rabia se van hacia el mar.

Y al ver los perfiles de Sierra Nevada
Se postran de hinojos y gimen: ¡Granada!.....
Y las olas lloran al verlos llorar!.....

Con estas inspiradas estrofas pondría término a mi discurso, si antes de ello no tuviera que cumplir el deber, muy grato por cierto para mí, de felicitar, en vuestro nombre y en el mío propio, al nuevo académico y expresarle al mismo tiempo la firme y segura confianza que abrigamos de que su colaboración en nuestras tareas ha de ser muy provechosa para la Real Academia y, en general, para un fin más alto y generoso, el progreso de la cultura en esta amada y bendita ciudad de Granada.

HE DICHO.

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE GRANADA

FUNDADA POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA EN 1777, DECLARADA OFICIAL
EN 1808, PROVINCIAL DE SEGUNDA CLASE POR EL R. D. ORGÁNICO
DE 31 DE OCTUBRE DE 1849 y ELEVADA A LA CATEGORÍA
DE PRIMERA CLASE POR R. D. DE 24 DE MAYO
DE 1912 CON EL TÍTULO DE REAL



SEÑORES ACADÉMICOS NUMERARIOS
POR ORDEN DE ANTIGÜEDAD Y CARGOS DE LOS MISMOS RELACIONADOS
CON ESTA REAL ACADEMIA

- N.º 1. *Sr. Tesorero*, D. Manuel Gómez-Moreno. Ingresó en 1872. Académico correspondiente de la Real de S. Fernando, Vicepresidente de la Comisión de Monumentos, Presidente del Patronato del Museo de la Capilla Real y Vocal de los de la Alhambra y Museo provincial de Bellas Artes.
- ” 2. D. Emilio Moreno Rosales, Presidente de la Sección de Música, *Ex-Consiliario*. Ingresó en 1898 Académico correspondiente de la de S. Fernando.
- ” 3. D. Francisco Valladar Serrano. *Ex-Bibliotecario*. Ingresó en 1898. Académico correspondiente de la de S. Fernando.
- ” 4. D. José Larrocha González. Ingresó en 1898.
- ” 5. *Sr. Secretario*, D. Diego Marín López. *Ex-Consiliario* y *Bibliotecario*. Ingresó en 1899. Académico correspondiente de la de S. Fernando. Vocal de la Comisión de Monumentos y del Patronato de la Alhambra. Secretario de el del Museo de la Capilla Real y Director del provincial de Bellas Artes.
- ” 6. D. Modesto Cendoya Busquet. Ingresó en 1900. Vocal de la Comisión de Monumentos y de los Patronatos de la Alhambra y del Museo provincial.
- ” 7. D. Juan Guillén Sotelo. Ingresó en 1904. Supernumerario en 1909 y reelecto en 1914.
- ” 8. *Sr. Consiliario 3.º*, D. Joaquín Pérez del Pulgar y Campos, Conde de las Infantas. Presidente de la Sección de Arquitectura. Ingresó en 1905. Vocal del Patronato del Museo provincial.
- ” 9. *Sr. Consiliario 1.º*, D. Eloy Señán Alonso. Presidente de la Sección de Pintura. Ingresó en 1908.
- ” 10. D. Francisco Góngora del Carpio. Ingresó en 1909.
- ” 11. *Sr. Vice-Secretario* y *Bibliotecario*, D. Manuel Martínez Victoria. Ingresó en 1909. Vocal del Patronato de la Alhambra.
- ” 12. *Sr. Consiliario 2.º*, D. Aureliano del Castillo y Beltrán. Presidente de la Sección de Escultura. Ingresó en 1910.
- ” 13. D. Fernando Fonseca López. Ingresó en 1910. Académico correspondiente de la de San Fernando.
- ” 14. *Sr. Presidente*, D. José M. Segura Fernández. Ingresó en 1912. Académico correspondiente de la Real de S. Fernando. Presidente del Patronato del Museo provincial de Bellas Artes y Vocal del de la Alhambra y de el del Museo de la Capilla Real y de la Comisión de Monumentos.
- ” 15. D. José M.ª Caparrós Laurencio. Ingresó en 1912.
- ” 16. D. Manuel Garnelo Alda. Ingresó en 1912.
- ” 17. D. José Palanco Romero, fué nombrado por R. O. de 4 de Noviembre de 1912.
- ” 18. D. José Martos de Lafuente, íd. íd. íd.
- ” 19. D. Miguel Horques Villalva, íd. íd. íd.
- ” 20. D. José Ruíz de Almodóvar y Burgos, íd. íd. íd.
- ” 21. D. José M. Rodríguez-Acosta. Académico honorario en 1908 y electo numerario en 1913.
- ” 22. D. Joaquín M.ª de los Reyes García, electo en 1914.
- ” 23. D. Isidoro Marín Garés, íd.
- ” 24. D. Eduardo Sánchez Sola, íd.

IMPRESA
GUEVARA
GRANADA

